

VI

Los tres o cuatro primeros meses siguientes a su matrimonio fueron para Aurea y Miguel de completa felicidad.

Como dos pájaros que, picoteando y cantando su amor, vuelan de árbol en árbol aguardando la hora de asentar en su nido, recorrieron ellos Italia, Grecia, las riberas poéticas del Rin, los valles y montañas de Suiza, no sin hacer alto bajo las nieblas densas de Londres y bajo el cielo pálido de París. También recorrie-

ron las ciudades artísticas y los más bellos paisajes de España.

Fué un viaje delicioso, en el cual las vanidades de los novios se satisficieron cumplidamente.

Aurea era objeto de admiración en todas partes por su hermosura y su elegancia; por la fama de su nombre Miguel, a quien, apenas llegado a esta o aquella población acudían a visitar periodistas, pintores, personajes importantes de la banca y de la política.

Las invitaciones llovían sobre la pareja feliz, y aunque Miguel, cansado de atenciones tan repetidas, propuso varias veces a Aurea dejarse por un mes del mundano bullicio, saborear su amor sin estorbos en la campiña o en el rincón de una costa

cualquiera, la joven, con un pretexto u otro, rehusaba aquel aislamiento, afanosa de lucir su belleza y de pasearse por las grandes poblaciones del mundo junto al buen mozo, que sus encantos y la bendición de un cardenal le dieron por marido.

Miguel hallaba lógicos los afanes exhibitorios de la encantadora marquesita. Joven, hermosa, salida por vez primera del lado de sus padres y disponiendo de sobrados recursos para correr el mundo en viaje fastuoso y placentero, ¿cómo exigirle que renunciara el disfrute de tan alegres novedades? ¿Cómo pretender que no sintiera tantos deseos de ellas como del amor del artista? Al fin y a la postre para todo tenían tiempo.

Bien lo aprovecharon. Cuando, próxima la estación invernal, dispusieron su retorno a Madrid, sentían la necesidad de plegar las alas, de buscar acomodo en su nido, un precioso hotel que, antes del viaje, arrendaron y dispusieron, con toda suerte de comodidades, en uno de los barrios más aristocráticos de Madrid.

La renta asignada a su hija por los marqueses del Pinar y las ganancias del escultor permitían al matrimonio llevar la existencia con lujo.

El hotel, de dos pisos, estaba decorado con arreglo a las más estrechas exigencias de la moda.

El servicio de caballos, coches y automóvil nada dejaba apetecer. La

servidumbre era de lo mejor y el modisto de Aurea el más famoso de la corte.

Miguel había establecido su estudio en un pabellón apartado del edificio principal. Un amplio salón para recibir a las visitas, un taller donde la luz podía manejarse conforme a las exigencias de las obras en ejecución y las dependencias necesarias a labores de vaciado y faenas ornamentales, componían el pabellón, rodeado de árboles, semioculto en un extremo del jardín.

—Ya llegamos a nuestro nido— dijo Miguel a Aurea el primer día de su estancia en Madrid.—Ahora yo a hacerte dichosa, como antes, como siempre, pero también a trabajar, a reverdecer mis laureles y

a llenar de billetes del Banco mi cartera, que estos seis meses de excursión han dejado punto menos que exhausta.

—Por dinero no hay que apurarse.

—Ya sé que tienes tu renta, y que, en caso de apremio, tus padres nos ayudarían. Sólo que, permíteme esta vanidad, yo quisiera que todo tu bienestar y todo nuestro lujo saliese de este cerebro y de estas manos mías. A lo menos lo intentaré. Claro que si mi trabajo no basta (espero que sí) a satisfacer todas tus ambiciones y todos tus caprichos, acudiremos al fondo de reserva.

—Perfectamente; no quiero contrariarte. ¡A trabajar, Miguel!

Pero no hoy. Hoy dedicaremos el día íntegro a nuestros padres. Justo es que se lo dediquemos después de tan larga separación.

...Y fué una mañana, la primera en que Aurea visitó el estudio para ver trabajar a Miguel, cuando éste abrió también por vez primera ante ella su alma de artista, con franca y romántica plenitud.

Estaba modelando una estatua de colosal tamaño, que debía poner remate al monumento que, para conmemorar su independencia, le encargara una gran República americana.

Representaba aquella estatua, que mediría siete metros, *La Libertad*, y era una fortísima matrona irguiéndose sobre un pedestal de

cortantes y agudas rocas y hollando con un pie los hierros de la esclavitud.

Echada hacia atrás la cabeza, con la cabellera ondeando al viento, como una bandera de combate, energético y triunfador el gesto de la boca, valiente el mirar de los ojos, la matrona tendía sus dos brazos hacia adelante, cerrando los puños, rompiendo con ellos la atmósfera para abrir a su camino ilimitados horizontes.

Eran los senos ubérrimos, potentes, propios a la nutrición de generaciones incontables; las caderas amplias, fecundas; las piernas fuertes, hábiles a resistir la pesadumbre de los siglos.

—Así he querido, Aurea, repre-

sentar la libertad y la independencia de los pueblos. Así creo que han de representarse, por una mujer fecunda y fuerte, capaz de arrostrar y vencer todas las opresiones, de combatir contra ellas y de parir generaciones fuertes, incontables, inagotables, como son necesarias a tan larga y gigantesca lucha. Mírala afrontando el presente, desafiando el porvenir, abriendo con sus puños el horizonte, brindando sus pechos al materno deber y su vientre a la fecundación. ¡Ah, cuando ella, alzándose sobre el monumento que debe coronar, triunfe bajo el cielo de América, seguro estoy de que no será un aplauso estruendoso lo que salude su presencia; será un himno entonado por hombres libres, una

exclamación fervorosa y solemne! En las estrofas de ese himno resonará mi nombre, que es tuyo. Yo vendré a ofrendarte mi gloria, a depositar a tus pies la corona con que ciñan mi frente de artista, y tú la recogerás con esas manos que sólo Fidias pudiera reproducir sin profanarlas.

—Sí que hará muy bien ese monumento en una plaza pública. Un poco exagerada de líneas me parece la Libertad.

—Considera que ha de verse a una gran altura.

—Conformes. He dicho por decir; bien sabes que no entiendo estas cosas. Y dime, siguió: ¿Cuánto te valdrá la obra? Un dineral seguramente. Los americanos son espléndidos.

Miguel no respondió. Sus párpados temblaron, y un gesto de cruel sorpresa contrajo su boca.

—¡Es tan niña!—pensó queriendo disculpar a Aurea.

Y desechando las tristes ideas que la respuesta de la joven habían traído a su cerebro, se inclinó para acariciarla.

—¡No!—dijo ella—No me toques ahora, Miguel. Tienes las manos y la cara llenas de barro. Lávate antes un poco.

VII

Dió la anterior escena principio a una serie no interrumpida de desavenencias entre Aurea y Miguel.

El trato íntimo, la real convivencia que durante los seis meses que dedicaron a pasear su nupcia no se había cumplido entre ellos, les hizo comprender que habían cometido grave error maridando.

No se unieron—ahora se daban cuenta—a impulsos del verdadero amor, de esa atracción, de esa compenetración espiritual y material

que, fundiendo en uno a dos seres, les hace compañeros inseparables en el duro viaje de la vida.

La mutua vanidad y el mutuo afán de poseerse les llevaron uno hacia otro. Miguel fué a Aurea seducido por el título aristocrático que ostentaba la joven, por la belleza sensual de ésta, que se abría a la codicia del varón en capullo hermoso de carne. Aurea fué a Miguel atraída por los resplandores que ponían sobre su nombre el éxito y la moda, por su fama de conquistador irresistible, por sus arrogancias de buen mozo.

Hé aquí los sentimientos principales que contribuyeron a la verificación de aquel matrimonio.

Satisfechos los deseos y la vani-

dad, las diferencias de carácter, de educación, de ambiente, propios a cada uno de ellos, comenzaron a manifestarse, al principio disimuladamente, después, según el tiempo transcurría, con claridad y violencia mayores.

Miguel, arrastrado por la pasión carnal que le inspiraba aquella hermosa criatura, se consagró a ella exclusivamente en el transcurso de los primeros meses, olvidando su arte, sus costumbres de alta bohemia, su trato con los compañeros de oficio. Nada tuvo Aurea que olvidar, porque su marido hizo cuanto ella quiso en la primera etapa del casorio.

Vueltos a Madrid, el escultor procuró ganar el tiempo perdido, ence-

rrándose en su taller, dedicando horas y horas a su trabajo, distrayendo éste en conversaciones con los modelos y aprendices, con los compañeros que acudían a visitarle.

Aurea, que los primeros días le acompañaba alguna que otra vez durante sus tareas, repugnó pronto aquella atmósfera, nunca respirada por ella; aquel lenguaje de taller, cuyas palabras apenas entendía; aquellos ensimismamientos del escultor, que, siendo abstracciones artísticas, sumergimientos del espíritu en las turbias fuentes creadoras, estimábalos la hembra como poco aprecio de su hermosura, como desatenciones a las preeminencias de su sexo y su rango.

Una lucha sorda se entabló entre

aquellos dos seres: lucha provocada por sus diferencias de inclinaciones y de gustos, por su diversa manera de comprender y vivir la vida.

Era ésta para la mujer el disfrute ostentoso de su fortuna y de su pro-sapia; el lucir una y otra en paseos, recepciones, teatros; el ostentar la gloria del marido como otra joya más, que ceñía con orgullo, pero sin reverencia; era para Miguel—aparte la vanidad ridícula de sentirse aristócrata de la sangre, no siéndolo—el combate empeñado y rudo con la belleza para dominarla y reproducirla, para eternizarla en sus mármoles y en sus bronces, legándola al futuro a cambio de la inmortalidad.

Este afán constituía el eje de su

existencia; en torno a él giraban los otros afectos, incluso el que sentía hacia su esposa, de la cual hubiese querido hacer una compañera, una aliada que le ayudase a ganar la cumbre, que, identificada con él, con él repartiera el goce supremo del triunfo o el dolor bárbaro de la derrota.

Lo demás: lujo, social posición, halagos del gran mundo... estaba supeditado a su gran amor por la gloria. De ésta no prescindiría nunca. De los otros... Ya en varias ocasiones maldijo la hora en que, abandonando a Rosario, cegado por solitaciones del orgullo y por incentivos del deseo carnal, se unió a la hija de los opulentos marqueses.

Aún no quería confesarse su error,

el grave engaño en que incurriera, saliendo de su medio, entrando en otro que le era no sólo extraño sino hostil. Tampoco Aurea quería confesárselo, pero es la verdad que a cada instante había entre ellos rozamientos, diversidades de apreciación que iban separando sus almas. Puede asegurarse que plenitud de unión sólo existía ya entre los cuerpos.

Si, fatigado por largas horas de faena, pretendía Miguel hallar para su espíritu reposo y para su organismo reparación en las excursiones campestres, en el aislamiento saludable de la naturaleza, e invitaba a Aurea a acompañarle, ésta, con cualesquier excusa, negábase a hacerlo, dejándole ir solo, segura de

aburrirse junto a aquel hombre que en el transcurso de semejantes excursiones o no hablaba o lo hacía en forma tan extraña que por loco se le tuviera.

Sola iba ella también a visitas, a íntimas reuniones, porque «el caballero se aburría de aquellas etiquetas». No pocas veces la abandonó al cuidado de sus padres prefiriendo quedarse con sus «monigotes» a acudir a un teatro donde se representaban obras insulsas o a una recepción en la cual sólo se escuchaban majaderías.

Por si ello no bastase al divorcio de estas criaturas, Miguel levantó en su arte bandera revolucionaria, poniéndose enfrente de académicos, preceptistas, tradicionalistas, ha-

ciendo arte según lo entendía él, y no conforme a los cánones rutinarios.

Esta actitud del gran escultor, que entre los artistas de verdadero mérito y la juventud, ansiosa de renovaciones acrecentó su fama, hizo se la perder, y mucho, entre los técnicos oficiales que antes le encomiaban y entre la parroquia que, a raíz de su éxito en la exposición de Bellas Artes, se disputaba como pan bendito sus obras.

Para tales gentes bajó su crédito; y como esas gentes son las que consagran a los artistas y pagan a precio alto sus producciones, excusado es decir que menguaron las ganancias del escultor y menguaron también los aplausos que cierta crí-

tica, la que influye en los salones, la prodigara anteriormente sin reservas.

—Era lo único que nos faltaba—decía don Faustino—que ese caballere, en fuerza de esculpir disparates, se quedase *aspergis* y viviendo sobre nuestras espaldas. Al paso que lleva no tardará ello en suceder. ¡Cuando yo lo afirmaba! Estos artistas todo son vagancia y bambolla. Sus negocios, fuegos artificiales, mucho ruido, mucho chisporroteo, y después la del humo; unos cachos de barro que ni los traperos aprovechan. ¡Toma artistas, Aurea! ¡En fin... A nadie te puedes quejar! Contra nuestro consejo matrimoniaste con Miguel. Dentro de poco habrá que mantenerle. Una

ganga te trajiste del pie de los altares. ¿Verdad, Beatriz?

—El dinero es lo de menos importancia, en esto, como en todo,—repuso la dama.—La gravedad del caso estriba en que Miguel, con esa monomanía revolucionaria, en arte como en todo perjudicial, se ha indispuerto con las relaciones que le honraban y frecuente otras que, juzgando por el pelaje, más cerca se hallan de un Asilo que del templo esplendoroso de la gloria.

—Y eso mamá que tú no los conoces bien—interrumpía Aurea—Son gentuza, una despreciable gentuza. ¡Qué palabrotas! ¡Qué ademanes! ¿Pues y sus mujeres, con las cuales ha querido hacerme trabar amistades Miguel? Cursis, irreligiosas,

burlándose de lo más sagrado, y vestidas unas con extravagancia imposible, otras a la moda de la temporada anterior. ¡Un asco, te aseguro que un asco!... ¡Tratar yo a esas fachas!... Nunca lo conseguirá mi marido. Que las trate él si son de su gusto. El mío, afortunadamente, va por otros senderos.

Así fué espesándose la nube, y un día estalló provocando una violentísima escena entre Aurea y Miguel.

Trabajaba éste en su taller reproduciendo en barro el desnudo de una hermosísima modelo, que puesta sobre la tarima ofrecía a la inspiración del escultor, y la contemplación de cinco o seis amigos, artistas como él, su desnudez total.

Había mujeres entre los acompa-

nantes de Cienfuegos. Una, pintora de gran fama, otra, compañera de un músico que comenzaba a tener gran prestigio en la legión revolucionaria acaudillada por Miguel.

Se hablaba de todo, con preferencia de arte. La desnudez de la modelo no atraía más ojos que los del escultor, y éstos, si iban a ella era al objeto exclusivo de pedir a la carne todos sus tonos, todas sus líneas para trasladarlas al mármol, para convertir en genial obra artística la hermosa obra modelada por la naturaleza.

Los demás no se ocupaban para nada de la modelo; menos aún para fijar las pupilas en ella con lasciva intención.

Queda eso del mirar lascivo, del

erótico recreamiento para los extraños al arte, para quienes siguen viendo en la modelo que se ofrece totalmente desnuda sobre una tarima, la hembra proporcionadora de goces. Para el verdadero artista no es eso la modelo desnuda: fuente es de inspiración, en la cual se ponen los ojos para traducir la belleza en gloria.

Acaso, la modelo, después de vestida, cuando su faena concluye, cuando vuelve a trocarse en mujer, excite los ánimos pasionales del artista y caiga en los brazos que éste abra en solicitud de su cuerpo. Durante la faena no. La modelo es sagrada. Tan sagrada como lo es para el creyente la hostia en su tabernáculo.

Frente a la modelo discutían,

mientras trabajaba Miguel, sus amigos. El café humeaba en las tazas; enjoyecían los licores el cristal de las copas; el humo de las pipas espesaba la atmósfera del taller, y las preguntas, las observaciones, las réplicas, iban de unas en otras pocas, vivas, rápidas, elocuentes, en nerviosa y entusiástica pugna.

En tal momento, un criado de correctísima librea entró en el estudio, y dijo inclinándose ante Miguel:

—La señora marquesa ruega al señor marqués que suba un momento a sus habitaciones.

—Dígale—repuso el escultor—que no puedo dejar el trabajo. Si ella puede, le estimaré mucho que baje al taller.

Salió el criado, y a poco tiempo

se abrió la puerta del estudio apareciendo en ella Aurea.

Al ver el espectáculo que ofrecían los visitantes y a la modelo, desnuda sobre la tarima, Aurea retrocedió, haciendo un gesto de asco.

—Entra, dijo Miguel.

—¡Entrar!... Irme inmediatamente. Para hacerme ver esto, te pudiste excusar de llamarme.

—¡Aurea!...

—¡Sigue! Sigue con estos señores y señoras y con esa mujer desnuda que se ofrece indecentemente a los ojos de todos; yo no tengo nada que hacer aquí.

Los amigos de Miguel se alzaron entre indignados y burlones.

El escultor avanzó hacia su esposa, exclamando:

—Piensa lo que hablas y delante de quién estás.

—No he de pensar, como no sea en hacer lo que hago. Salir de aquí inmediatamente.

Y Aurea, dando un fuerte portazo, abandonó el estudio.

VIII

Miguel, tras disculparse y disculpar a Aurea con sus amigos, salió del estudio y encaminó al Retiro sus pasos.

Una gran tristeza reinaba en su ánimo, reflejada en la contracción de su rostro, en la incertidumbre de su andar, en el gesto amargo de su boca.

Su frente ardía; el cráneo le pesaba, al punto de no poder resistir el sombrero; nerviosamente lo apretaba con una de sus manos, dejan-

do que la otra fuera y viniera por sus cabellos con movimientos maquinales y bruscos.

Largo rato anduvo por aquellos frondosos paseos, bajo la sombra de los árboles centenarios, donde fabricaban los pájaros su nido.

Algunos de ellos, seguros de no ser maltratados por los paseantes, iban y venían cerca de Miguel, hollando el césped con sus garras minúsculas, abriendo con orgullo sus alas, picoteando las simientes caídas a flor de tierra, cortando en pedazos los gusanillos que entre las hierbas retorcián sus cuerpos contráctiles.

Entregado a sus amarguras, sonando el abismo abierto entre él y Aurea, penetró el escultor por un paseo solitario abierto a la izquier-

da del de coches. Las acacias formaban bóveda reprieta a gran altura, ocultando el azul de los cielos, permitiendo a la luz filtrarse en verdoso polvillo que poetizaba la atmósfera. Un ruiseñor cantaba amores entre las hojas de un laurel; dos urracas se perseguían al largo de un macizo que miles de flores recortadas convertían en persiano tapiz; media docena de gorriones pillastreaban por cima de los bancos, volviendo sus cabezas en todas direcciones, buceando la lejanía con sus ojuelos pícaros.

Estaba desierto el paseo. Únicamente, allá en su fondo, en un banco de piedra, se distinguía un bulto enlutado de mujer.

Miguel no hizo reparo en él; si-

guió avanzando bajo los árboles, con la frente ceñuda y los brazos caídos al largo de su cuerpo.

Tampoco la mujer enlutada prestaba atención al paseante. Con los codos apoyados en las rodillas y la cara hundida entre las palmas de sus manos, hallábase inmóvil, abstraída en el recuerdo de una gran dicha o en el saboreo de un gran dolor.

Ayudaba al encubrimiento del semblante de aquella mujer un sombrero de anchas y airosas alas. Iba trajeada con severidad elegante. Las manos eran un prodigio de hechura; sus pies, breves y arqueados con andaluza gracia.

El ruido que producían los pasos de Miguel sacó a la enlutada de

su ensimismamiento. También el escultor llevó sus ojos hacia el banco ocupado por la enlutada.

La mujer hubo de hacer un gran esfuerzo para acallar un grito. Su cara volvió a hundirse en el hueco de las manos irreprochables, cuyos dedos temblaron.

—¡Rosario!...— murmuró el escultor.

Hizo ademán de dirigirse a ella. Vergüenza y temor le detuvieron. Hundió las uñas de la mano izquierda en su cráneo, abismó la frente, y cruzó por delante de la perdida compañera con paso y actitud de fuga.

Por entre la reja que formaban sus dedos contempló Rosario a Miguel; por entre ellos continuó mi-

rándole, hasta que se perdió en un recodo del paseo.

Entonces alzó el rostro.

—¡No es feliz!—murmuró.

Una sonrisa entreabrió sus labios.

Rápida fué, como el rastro de las estrellas fugaces en la noche.

IX

Desde la escena provocada por Aurea en el estudio de Miguel, la cordialidad que existía entre los esposos era únicamente apariencia. No llegaron a una ruptura definitiva por evitar las murmuraciones de la gente y no hacer pública confesión del engaño en que, al enlazarse, incurrieron.

A seguir los consejos de D. Faustino, su hija hubiera roto definitivamente. Era muy expeditivo el leonés, y creía que su Aurea debía

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Vol. 1025 MONTERREY, MEXICO